

la inexplicable melancolía que asombraba su espíritu y que empezaba ya á minar su salud; muchas veces, durante los últimos ocho dias, la habia sorprendido su madre en la soledad de su cuarto, con los ojos llenos de lágrimas: hallábase siempre de mal humor y siendo antes dulce y tranquila, se habia vuelto desagradable para todo el mundo: habian insistido en saber si deseaba alguna cosa; pero contestaba que no tenia ningun deseo y que creia que una indisposicion nerviosa era la sola causa de su malestar y de su obstinada melancolía.

El pobre padre estaba lleno de temores, pues recordaba que Rosa en su infancia era de una salud muy delicada, y sabia que ni aun al presente podia perder fuerzas. Añadió que así que le fuera posible dejar sus negocios, pensaba ir á Bruselas á consultar un médico célebre acerca del estado de Rosa; pero que no queria decirle nada, ni llamar á los médicos de la casa, para no asustar á la madre y á la hija.

Cuando la conversacion cesó acerca de este objeto, solicité de mi protector el permiso de retirarme. El por su parte me habia dicho que pensaba ir á buscar á su esposa y á su hija, si estas no volvian pronto. Estrechóme la mano y á modo de saludo me dirigió aun al despedirme algunas palabras de esperanza, á fin de sostener mi valor para ganar el primer premio de la Academia.

XIX

DESDE entonces la manera de ser de Rosa hácia mí no cambió en nada: prosiguió manifestando la misma frialdad y aprovechando todas las ocasiones de alejarse de mí cuando me hallaba en casa de sus padres. Sin embargo, jamás olvidaba las reglas de la buena educacion y parecia adquirir poco á poco la fuerza necesaria para ocultar el sentimiento de odio que sentia hácia mí. Cuando tenia que dirigirme la palabra lo hacia con una amabilidad particular; pero aquello era solamente lo que ordenaba la mas estricta política: no podia equivocarme acerca del sentimiento desagradable que habia concebido hácia mí.

Estaba habitualmente muy pálida y enflaquecia de una manera visible: sus padres, que la veian á todas horas, no notaban que las mejillas de Rosa empezaban á perder su redondez; pero yo, que solo la veia cada quince dias, observaba fácilmente los progresos del amor que habia nacido en su corazon el dia fatal del baile y que habia amenazado tambien mi vida y mi porvenir.

—No, me decia yo; la suerte no es justa ni es verdad que existe una compensacion para todas las contrariedades en la existencia humana; ¡qué dichoso y qué grande debe contemplarse aquel cuya imágen reina en Rosa! ¡Qué dichoso debe contemplarse el hombre escogido por ella,

el objeto de su casto, pero ardiente amor! En su lugar yo hubiera renunciado á toda otra felicidad sobre la tierra, á lo mas querido que habia para mí en el mundo, hasta mi arte! No solamente me hallaba abrumado bajo el peso de su aversion; no solamente la veia desmejorarse por su amor á otro, sino que me era imposible á mí, humilde criatura, elevar los ojos hasta ella desde el fondo de mi inferioridad! Los celos que me consumian eran una passion culpable, y aunque estaba decidido á guardar mi secreto hasta la tumba, aunque nadie en la tierra conociese la cruel herida que sangraba en mi corazon, aunque la aversion de Rosa me prohibiese toda esta esperanza; sin embargo, no podia sofocar en el fondo de mi corazon el fatal amor del cual guardaba el secreto que las leyes del mundo y la gratitud de los beneficios recibidos me ordenaban arrancar de allí. Mi vida habia llegado á ser un espantoso combate, una lucha encarnizada contra mil pensamientos enemigos.

Bien pronto caí en una sombría incertidumbre: parecía-me que me detestaba á mí mismo: y cuando me hallaba solo, pensaba en mi impotencia y en mi cobardía, y me heria rudamente el pecho, como para tomar una justa venganza.

Ah! yo era desgraciado, desgraciado mas de lo que se puede concebir! Rosa habia sido el único fin de mi vida! perder su afecto, era para mí morir!

Pensaba, sin embargo, que acabaria por triunfar de mi debilidad, ó que el tiempo cerraria la herida de mi corazon: la lucha sin fruto agotaba mis fuerzas: enflaquecia y tenia el presentimiento de una próxima enfermedad.

Con mis protectores explicaba mi palidez por la fatiga de mis constantes estudios para prepararme al concurso de la Academia.

Mr. Pavelyn me aconsejó que moderase un poco este entusiasmo, y Rosa misma, acaso por un resto de piedad

quiso tambien hacerme comprender que no debía comprometer mi salud.

En fin, el concurso de la Academia se abrió.

Empezaron los exámenes por los cursos de composición, de expresion, de perspectiva y de anatomía, en los cuales yo no debía tomar parte, porque el año precedente habia obtenido el primero ó segundo sitio en todos esos estudios: la medalla de oro, y la corona de honor en la clase de escultura, eran el premio de modelar al natural, y el solemne concurso debía durar seis dias.

La aproximacion de esta lucha decisiva: la incertidumbre del éxito de mis ardientes esfuerzos, y la tristeza que consumia mi corazon como un veneno mortal, todo esto agotaba mis fuerzas y me hacia desfallecer.

Era la mañana del dia fijado para los exámenes de la clase superior de modelos al natural: este concurso se abria á las seis de la tarde; los artistas tenian que dedicar seis sesiones de dos horas cada una, á la reproduccion de cada modelo: debian ocuparse, pues, diez y ocho ó veinte dias para las tres pruebas prescritas.

Llevado de mi empeño de no olvidar nada y de llamar en mi ayuda todos los recursos que asegurasen un buen éxito, me habia encerrado desde temprano en mi cuarto, y estudiaba en una figurita anatómica la musculatura del cuerpo humano; insensiblemente una extraña sensacion de frio, invadió todos mis miembros; sentí un violento dolor de cabeza, y un temblor nervioso que me agitaba de la cabeza á los piés: al pronto, no supe lo que me sucedia; pero tuve miedo de ver realizado mi presentimiento de una larga y penosa enfermedad, que quizá me tendria durante largo tiempo sujeto en el lecho.

Muy pronto fuí atacado de un temblor general: mis manos y todo mi cuerpo, se agitaron con tal fuerza, que todo cuanto tocaba para apoyarme, se movia de una manera visible.

Comprendí que me había atacado una de esas fiebres que reinaban en Amberes con bastante frecuencia: ¡no era mas que la fiebre! quizá esta indisposicion no me impediría el asistir á la Academia! esta idea calmó mi inquietud y me acosté casi consolado.

La fiebre siguió su curso habitual: despues de una hora de temblor, el calor de la reaccion hizo hervir mi sangre y mi cerebro, hasta el momento en que caí en el reposo de la fatiga, y sentí que el acceso había pasado.

La voz de mi huésped vino á advertirme que la comida estaba servida.

La contesté que no tenia ganas de comer, que le rogaba me diese un poco de té y que me conservase caliente la comida.

Conseguí hacerle creer que mi indisposicion no tenia nada de grave: me trajo el té y me dijo que la comida estaría pronto á la hora que la pidiese, saliendo despues de mi habitacion.

Aunque era muy grande mi fatiga y apenas podia resistir á un gran deseo de dormir me levanté y me vestí: á medida que el dia adelantaba sentía yo mis fuerzas mas recobradas y á la caída de la tarde me fuí á la Academia, donde comencé con valor y hasta con alegría á modelar del natural: me parecia algunas veces que mi vista no estaba muy clara y que la fiebre había dejado algun aturdimiento en mi cabeza; pero me sobrepuse á esta incomodidad á fuerza de voluntad, y cuando hubieron pasado las dos horas prescritas volví á mi casa muy contento de mi obra.

La fiebre me dejó tranquilo toda la noche; pero al dia siguiente volvió á la misma hora.

Oculté todo lo posible la gravedad de mi dolencia á maese Juan y á su mujer, y les supliqué que no dijese nada á mis protectores, á fin de no inquietarlos inútilmente: esperaba que la fiebre cesaria despues de algunos ac-

cesos, y temia, además, que al saber Mr. Pavelyn que me hallaba enfermo me impidiese tomar parte en el concurso de la Academia.

Despues de haber sufrido cinco ó seis accesos, maese Juan me vió tan flaco y tan demudado que declaró no podia guardar por mas tiempo un silencio culpable, y ocultar mi estado á Mr. Pavelyn; pero yo le tranquilicé prometiéndole ir al dia siguiente á casa de mis bienhechores para informarles por mí mismo de mi indisposicion.

Al dia siguiente fuí en efecto á casa de Mr. Pavelyn: al verme lanzó un grito de espanto y se quedó mirando con un asombro doloroso mi pálido rostro y mis cóncavas mejillas.

Rosa me consideró con una mirada singular, amarga y triste como un reproche: bajó despues la cabeza y si no hubiera estado seguro de su aversion hácia mí podia haber creido que las señales de mi enfermedad impresas en mi rostro, la habían herido de una profunda emocion.

Explicué la causa del cambio que se observaba en mí y hablé de la fiebre como de un mal sin importancia y que desaparecería por sí solo inmediatamente que el fin de los exámenes me permitiese tomar el reposo necesario. Mr. Pavelyn se compadeció de mi estado con una simpatía verdadera; pero esperaba demasiado en mi triunfo probable para que me hablase de abandonar el concurso.

Rosa quiso hacerme comprender que no tenia razon ninguna en comprometer así mi salud por la esperanza incierta de una victoria sin la cual me podia pasar: yo era á su parecer un artista bastante poderoso para abrirme una carrera brillante sin el auxilio que buscaba; y como su padre y yo sobre todo, nos esforzásemos en combatir sus razones, se enfadó verdaderamente, mostrando en todas sus palabras una amargura y un despecho crecientes, hasta que al fin, no pudiendo resistir á la agitacion de sus nervios, salió del salon con el rostro oculto entre las ma-

nos para irse á encerrar en su cuarto. Su madre la siguió en silencio.

Quedé aturdido de aquella escena: aunque Rosa me daba señales evidentes de aversion, y parecia no poderme soportar, ví con desesperacion su sistema nervioso atacado de una enfermedad cruel; habia sorprendido en su voz un acento inexplicable de dolorosa impaciencia, alguna cosa de plañidero y de desconsolado, que me habia llenado de espanto.

Mr. Pavelyn, quiso tranquilizarme asegurando que el enojo y el mal humor de Rosa no me debian asombrar; esto era efecto de su estado impresionable; al dia siguiente, como de costumbre, pediria perdon de su arrebató.

Segun mi protector, yo debia retirarme del concurso, á menos que no reconociese mi impotencia; dejábame, pues, del todo libre: mas como á pesar de los ataques de la calentura habia ya asistido diez dias á los ejercicios, no habia ninguna razon para creer que no pudiese llegar al fin.

Mr. Pavelyn, me prometió, además, enviarme un médico excelente, que decidiria, en todo caso, si la continuacion de los ejercicios podia en efecto perjudicar á mi salud.

Volví á mi casa con la cabeza llena de pensamientos tristes, pero tambien con la firme resolucion de llevar hasta el fin mis trabajos para el concurso, y esto aunque el doctor me lo prohibiese; mi triunfo debia ser para mi protector la recompensa de sus beneficios, cuando mi nombre fuese proclamado por toda la ciudad como el de un artista, al cual estaba reservado un glorioso porvenir, entonces el hijo del fabricante de zuecos, saldria quizá algun tanto de su humilde inferioridad.

Un loco pensamiento me turbaba: yo queria tener gloria, porque era rico y considerado, el que me habia robado el cariño de Rosa.

XX

APENAS hacia una hora que habia llegado á mi casa, cuando se presentó el doctor que me habia anunciado Mr. Pavelyn.

Despues de algunas preguntas acerca de la duracion de mi mal, me dijo que habia una fiebre maligna en Amberes, aunque no estuviésemos aún en la estacion en que las calenturas imperan: me dijo que creia poder predecir con seguridad que la mia habria desaparecido pasados unos diez dias: prescribióme una mezcla de quinina y de raíces amargas que elogió como infalible para combatir las fiebres de los poldérs del país: prometióme volver, aunque dijo lo juzgaba inútil: pero queria complacer á Mr. Pavelyn que le habia encargado de mi curacion.

Al dia siguiente era el en que debia darme la calentura: desde por la mañana muy temprano, la mujer de maese Juan empezó á subir y bajar la escalera que conducia á mi cuarto con una infinidad de pretextos, puso al lado de mi lecho, en una mesita, dulces, jarabes, me preguntó con un tierno cuidado si me sentia bien, y me manifestó tanto interés, que me pregunté, cómo aquella anciana tan indiferente ordinariamente, se habia vuelto de repente tan sensible á mis sufrimientos, como una madre que vela á la cabecera de su hijo enfermo.

Durante cuatro dias, mi asombro fué creciendo, porque los cuidados de que me rodeaba la señora Petronila, eran verdaderamente extraordinarios: nada hallaba bastante bueno para mí: pareciéndole el suelo demasiado duro para mis piés, habia cubierto el pavimento de mi taller, bien á pesar mio, con todos los pedazos de alfombra que habia podido reunir: durante todo el dia estuvo cuidando si yo conservaba el fuego en la estufa, y si veia la menor rendija en la puerta ó en la ventana la tapaba cuidadosamente para preservarme de las corrientes del aire.

A fuerza de insistir para conocer las razones de esta solicitud tan poco comun en la señora Petronila, pude decidirla á hablar.

Rosa le habia rogado con las lágrimas en los ojos que tuviese cuidado de mí y que me vigilase como una madre á su hijo: así, á pesar de su amor por otro, su corazon habia dejado un sitio para la piedad que le inspiraban los sufrimientos de su amigo de la infancia!

Este pensamiento me llenó de alegría y me hizo sonreír: pero insensiblemente la luz fué penetrando en mi cerebro y me persuadí de que el sueño bienhechor donde se extraviaba mi espíritu, no era otra cosa que una vana ilusion.

¿No era natural que Rosa se compadeciera de mí en aquella ocasion? habia yo podido dudar nunca de su bondad innata, de la generosidad de su corazon? Mas, por otra parte, ¿podia yo esperar que la fuera posible devolverme su afecto, cuando otro que ella amaba, habia llegado á colocarse entre los dos?

Como quiera que sea, y á pesar de mis esfuerzos para desencantarme, y de que el nombre de Conrado de Somérghem resonaba de continuo en mis oídos, la confianza de Petronila me dejó una dulce incertidumbre y un gran consuelo.

Los remedios que el doctor habia prescrito, no cortaron mi calentura: al contrario, la enfermedad parecia adquirir

mayor violencia por efecto de los medicamentos, y no obstante, el médico me predecia una curacion próxima, porque los últimos accesos de fiebre se habian declarado mas tarde que de costumbre y habian durado casi dos horas menos.

Iba todos los dias á la Academia y trabajaba con un ardor y una pasion que contribuian probablemente á aumentar mi enfermedad y á aniquilar mis fuerzas: felizmente hasta allí los accesos de fiebre habian empezado bastante temprano para dejarme un poco de reposo y de presencia de ánimo hácia la hora en que tenia que ir á la Academia.

Mi falta de fuerzas llegó á ser tan grande y la flacura de mi cara tan terrible que cada vez que me miraba á un espejo retrocedia con espanto.

No me atrevia á ocultar á mis padres esta indisposicion por mas tiempo, y por otra parte sentia un ardiente deseo de ver á mi madre.

Le escribí en los términos mas tranquilizadores posible, que tenia una ligera fiebre y que no podia ir á verla el domingo próximo como le habia prometido, no tanto á causa de mi indisposicion, como porque la asistencia á la Academia me fatigaba en extremo: la tranquilizaba todo lo posible, suplicándole viniese á verme el domingo á Amberes y añadiendo que le quedaria muy reconocido á esta prueba de amor.

Escribí esta carta en viérnes: debia recibirla mi madre el sábado al medio dia, y por consiguiente bastante á tiempo para venir el domingo á Amberes.

El sábado debia quedar terminada la tercera prueba del concurso: á causa de la debilidad progresiva que habian experimentado mis fuerzas, estaba algun tanto atrasado y me era preciso, durante aquellas dos últimas horas, trabajar sin descanso para terminar la última composicion.

Era mi dia de fiebre: esto me inquietaba porque sabia

por experiencia que despues de un acceso del mal no tenia la concepcion tan clara como de costumbre.

Con gran asombro mio la calentura no vino en todo el dia, y cuando al caer la tarde me preparaba para ir á la Academia, sentí una alegría indecible con la conviccion de que podria dar la última mano á mi trabajo con toda la plenitud de mis facultades.

Mas apenas habia empezado á vestirme cuando fuí atacado de un estremecimiento, que recorrió mi espina dorsal, como un hilo de agua helada.

Comprendí con temor que llegaba la fiebre! y en qué momento!

Agravado por mi terror, el acceso de la calentura, se manifestó en el mismo instante, con toda su fuerza.

Yo sentia temblar mis labios. . . . ¿Me dejaria abatir por la enfermedad, y renunciaria al triunfo tan ardientemente deseado? Sucumbiria, en el instante mismo, en que mi mano iba quizá á alcanzar el laurel de la victoria? Oh! no, no! era preciso continuar la lucha, aunque la misma muerte saliese á mi camino para detenerme!

Agitado como un insensato, me vestí mal ó bien, bajé la escalera corriendo, y me lancé á la calle; finalmente era ya casi de noche.

Podia pues escapar á la atencion de los transeuntes, que se hubieran asombrado, si á buena luz hubieran visto un jóven, con la palidez de la muerte en las mejillas, cuyos dientes se chocaban convulsivamente, cuyas piernas temblaban como las de un hombre ébrio, asiéndose con las manos á las barras de las ventanas, y arrastrándose á lo largo de las paredes, como si temiese caer, preso de un letargo mortal.

Conseguí llegar á la Academia, en el instante mismo en que mis condiscípulos ocupaban sus sitios al rededor del modelo: mi estado les inspiró una compasion profunda: todos me rodearon, pidiéndome que volviese á mi ca-

sa, y asegurándome que iban á firmar una súplica, rogando á los jueces del concurso, que juzgasen mi obra, como si estuviera del todo terminada.

Quedé profundamente agradecido á aquella muestra de generosidad y de verdadero afecto: mas rehusé todos los consejos de volverme á casa, hasta los de los profesores, y ocupé mi sitio para comenzar mi trabajo, aunque apenas podian mis manos sostener lo que tomaban.

La voluntad del hombre, constituye un poder sin límites: tantos esfuerzos hice sobre mí mismo, que conseguí dominar los temblores de la fiebre, y á pesar de mi aturdimiento y de la confusion de mi espíritu, mi trabajo adelantó de suerte, que estaba terminado en el instante en que la campana de la Academia daba las ocho, anunciando que el concurso quedaba cerrado.

Mas entonces, mis nervios perdieron su tension, y la fiebre se apoderó de mi con una violencia inaudita: todo quedó oscuro ante mis ojos: quise andar, y no me fué posible, cayendo sin fuerzas en el suelo.

Dos de mis compañeros me levantaron, y seguidos de cinco ó seis de los otros que me compadecian tiernamente, me condujeron á casa y no se separaron de mí hasta dejarme acostado.